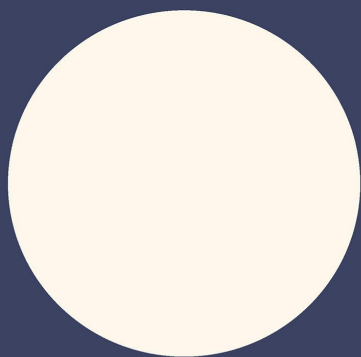
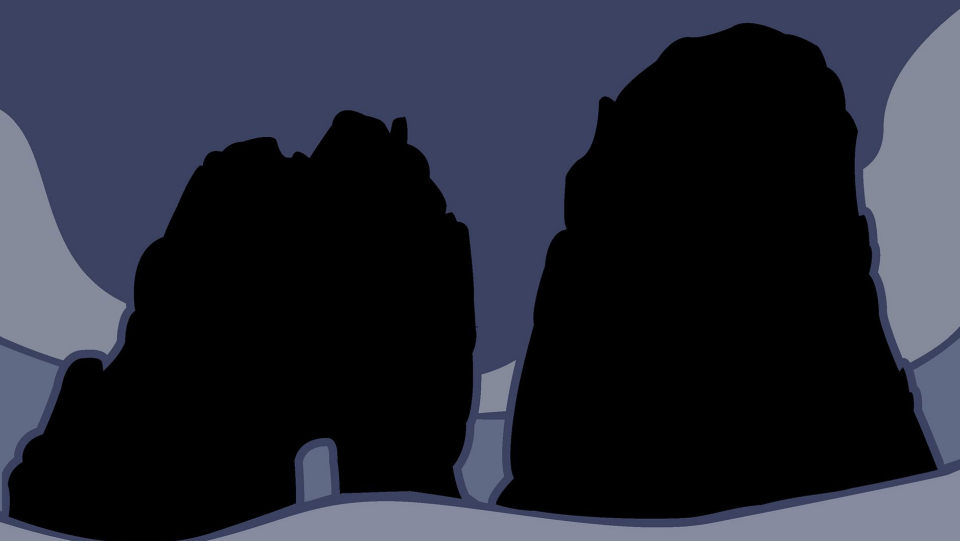


Jean-Paul Enthoven



# Blanche



emecé

Jean-Paul Enthoven

# Blanche



emecé

Esta historia comienza un 15 de agosto, hace más de veinte años, en Capri.

Esa tarde, Cornelius Cunard había convocado a la mayor parte de sus amigos a la Piazzetta a la hora en que el sol se funde en todos los matices del púrpura, el dorado, el violeta.

Para ese encantador joven, se trataba de un rito anual que respetaba escrupulosamente desde su conversión personal a las devociones italianas.

Por otra parte, Cornelius Cunard tenía mucha simpatía por la Virgen María, y se regocijaba en festejar su Asunción en el ambiente alcoholizado de un Ferragosto muy bien aprovechado por sus hábitos de juerguista.

Yo estaba invitado.

La noche prometía ser cálida.

Cornelius Cunard: diletante angloamericano; heredero rebelde y ocioso por naturaleza; sabedor de cómo arruinarse con gusto con floristas, joyeros, sastres, decoradores. En síntesis: un hombre feliz, carente de asperezas o alteraciones del ánimo. Amigo del lino, del tweed, de las corbatas con los colores de los clubes más selectos de Saint Moritz y de Montecarlo. Perfectamente francó-

fono gracias a sus niñeras. Salido directamente de una de esas composiciones en colores chillones del fotógrafo Slim Aarons, quien, en la década de 1950, inmortalizara a sus parientes en sus posesiones de Nueva Inglaterra. Cornelius Cunard se imponía el deber de ser imprevisible. Se volvía sensible cuando se lo hubiera creído cínico; generoso, cuando se vanagloriaba de ser egoísta; divertido y lleno de humor cuando la reputación que lo precedía lo declaraba un comensal aburrido.

Ya en nuestro primer encuentro noté sus mocasines flexibles, sus audaces pañuelos de bolsillo, su sonrisa, así como su manera, muy lujosa, de solo usar relojes de pulsera de poco valor bajo los puños de sus camisas a medida. Su única lectura consistía en revistas de moda masculina. Era capaz de cruzar toda Europa para hacerse confeccionar un par de guantes por un artesano experto en modelar el pulgar o el índice.

A este despliegue impúdico, Cornelius le añadía una dosis de inocencia perpetua que me lo hizo quejoso. Había oído decir, como las heroínas de Henry James, que bastaba ir a Europa, y, sobre todo, a Italia, para encontrar el amor. Había, pues, venido, en vano hasta el momento. Este puritano desvergonzado buscaba el amor del mismo modo en que, de niño, debía buscar los huevos de Pascua en su jardín familiar. Mientras esperaba, se impacientaba.

Sobre todo en verano.

—El amor, el amor... no el sexo, no, no, el amor de verdad... Eso ocurre en Italia, ¿no?

Así fue que me interpeló cuando el azar del reparto de asientos hizo que se sentara frente a mí, hacía unos meses, durante una cena informal en el palacio Farnese.

A pesar de sus esfuerzos y de su buena voluntad, Cornelius todavía no había encontrado una pasión que estuviera a la altura de su ideal. Las noviecitas de la costa amalfitana que conformaban su sustento habitual ya no lo satisfacían. Ahora sentía la nostalgia del estremecimiento, del vértigo y de sentimientos más elevados.

Su decisión, según me aseguró, estaba tomada: si, en un año (digamos dos, o apenas algo más que eso) a partir de ese momento, la pasión, la verdadera, la terrible, la quemante pasión, no había irrumpido en su vida, regresaría a su aburrida patria. Se casaría con una mujer escogida por su madre, frecuentaría un círculo presbiteriano, se implicaría, además, en los negocios de su familia, engendraría una abundante prole y renunciaría al palpitante de un corazón transido.

Con el tiempo, nos volvimos buenos compañeros. Yo apreciaba su humor desenvuelto, su entusiasmo infantil, su ignorancia —creía sinceramente que Napoleón y Bonaparte eran dos personas distintas— así como su insensato afecto por mí, del que me había dado abundante testimonio. Para él, yo era una muestra de la Francia eterna, una suerte de fósil polvoriento y respetable, digno de un museo, a quien convenía ceder la prioridad en todo. Dicho esto, su conversación cosmopolita era a menudo hueca, y no me diver-

tía más que por un corto plazo. Su entusiasmo, que se desencadenaba por cualquier nadería, me cansaba rápidamente, si bien de él se desprendía una energía que, combinada con su flema de dandi *wasp*, tenía la virtud de transportarme a un mundo simplificado y, a fin de cuentas, muy placentero.

Sobre todo, su apellido me había intrigado.

Mis indagaciones revelaron que sí pertenecía, a través de todo un laberinto de bastardías y adulterios, a esa dinastía Cunard que reinó antaño sobre la mayor parte de los transatlánticos que unían América con el viejo continente. Hasta se había considerado la posibilidad de confiarle responsabilidades de lo que quedaba del imperio familiar, pero su indolencia no tardó en convencer a los accionistas de que sería menos costoso mantenerlo en la inactividad.

Esta coincidencia me había intrigado: Cunard llevaba el mismo apellido que la primera musa de Louis Aragón —cuya obra poética y novelesca yo acababa de descubrir con placer.

Aún mejor: su barco barrigón y barnizado, atendido por una tripulación de cuatro hombres, y en el que pasaba días maravillosos se llamaba el *Nancy*, en recuerdo de la célebre Miss Nancy; la excéntrica, la excesiva, la ninfómana, la impresentable Nancy Cunard.

¿Mi amigo sabría verdaderamente que esta mujer —criada como una princesa, cuyo deporte favorito era seducir a los amantes de su madre, y que terminó sus días en la miseria más siniestra— había sido una

criatura sin piedad?, ¿que había llevado al infortunado Louis Aragón a un falso suicidio del cual podría no haber regresado?, ¿que se había honrado en escandalizar al Gotha acostándose con revolucionarios, delincuentes, aventureros o músicos negros? Lo dudo.

En general, Cornelius pasaba el verano en Capri y viajaba durante el invierno. Retornaba una vez al año a su familia americana, sepultándose provisoriamente en un terreno embebido en fe, en dólares, en conformismo. Allí, chismorreaba con sus primas, se confesaba, completaba sus colecciones de ropa deportiva; pero esta cura de musculación moral no atraía a su naturaleza de playboy. A su regreso, prefería reclutar a sus compañeros de verano y de placer entre los fiesteros que, como él lo exigía, habían tenido el buen gusto de ceder a la mayor parte de los siete pecados capitales. Era muy estricto en lo que respecta a este último punto; exigía pruebas, relatos detallados, declaraciones juradas.

Me halagó cooptándome.

No tardó, sin embargo, en mostrarme la famosa foto de Man Ray donde se ve a Nancy, con sus labios casi negros, su aire fatal de reina de Egipto, su mirada de águila, sus brazaletes de ámbar y de marfil que le engrillan los antebrazos desde la muñeca al codo:

—Es mi abuela —me susurró, olvidando que ello era imposible, pues Miss Nancy, que se jactaba de detestar toda forma de reproducción humana, jamás fue culpable de engendrar descendencia alguna.

¿Correspondía rectificar? ¿Contradecir a Cornelius? Como fuere, esta fantasía genealógica no tenía ninguna importancia: Cornelius solo reivindicaba sus lazos de sangre con Nancy para darse aires con la vieja Europa. No la conocía más que de oídas. Jamás había leído una línea ni un verso de Aragón. Ignoraba todo acerca de musas, corazones pisoteados, ninfomanía, miseria; también de la mala suerte que ronda a veces, como un cuervo, en torno a los destinos mejor aspectados.

Como la mayor parte de sus compatriotas viajeros, Cornelius se había vuelto más o menos italiano de corazón al descubrir Capri, donde no tardó en adquirir una imponente mansión que había pertenecido a un ministro mussoliniano. Allí era donde más se divertía, confundiendo días y noches, y dando libertad a su inclinación por las fiestas frecuentadas por atorrantes, príncipes y una miríada de *husband diggers* rusas, rumanas o húngaras, que echaban sus redes en esas aguas. A pesar de sus loables esfuerzos, Cornelius gozaba de una salud demasiado buena como para aspirar seriamente a ningún vicio. Ese verano, solo pensaba en disfrutar de la vida, en iniciarse con método en las delicias de la Dolce Vita, y en huir del gran vacío que conformaba toda su existencia interior. Yo lo ayudaba en todo lo que me era posible.

A todo esto, la tripulación del *Nancy* nos llevaba cada mañana a las calas de Anacapri o de Sorrento. Amigos transitorios se nos unían. A bordo siempre había dos o tres muchachas bien dispuestas y elegidas



con cuidado. Cornelius tenía un verdadero talento para complacer a las manicuras, a las azafatas, a las camareras de restaurant y, en un sentido más amplio, a la mayor parte de esas voluptuosas *veline*, de las que la Italia de fines del siglo veinte ha hecho una famosa especialidad.

A mediodía, nadábamos en alta mar.

Largos baños en el agua incandescente.

Algunas veces, nos tumbábamos sobre escolleras planas o meditábamos largamente al son de las olitas que nos lamían los pies.

Otras, nos refugiábamos a la sombra de las grutas donde los antiguos dignatarios romanos se entretenían ahogando a las cortesanas que sabían demasiado.

Al atardecer, cenábamos en alguna de las trattorias de los alrededores, compartiendo charloteos intrascendentes con nuestros compañeros de baño, eventualmente seguidos de galanterías más nocturnas.

Cornelius jamás me decepcionaba, pues no esperaba nada de él. Para mí, era una presencia agradable y sumaria. Buscaba mi compañía y se desvivía por hacerse más querible a cada momento. Bajo la dinastía julio-claudiana, que antaño colmó Capri de venenosas beneficencias, lo habrían elevado naturalmente al rango de preboste de las diversiones imperiales.

¿Yo era feliz en esa época?

Sinceramente, creo que sí.

Pero aún no había aprendido que, en su gran plan, la felicidad no siempre se contenta con no ser otra cosa que eso mismo.